

CUANDO LOS QUIMÉRICOS DEVINIERON SANGUINARIOS *

Miquel Izard

El conocido medievalista Luis Suárez Fernández concluye el apartado dedicado a la reina católica enfatizando, «El 26 de noviembre Isabel entregaba en Medina su alma a Dios. Al historiador le faltan palabras adecuadas para expresar la dolorosa magnitud del acontecimiento».¹ Nadie acusa a Suárez, a otros como él y a tantos oficiantes de la Historia Oficial (en adelante **HO**), de caer en el mito de la buena reina. El profesor y académico Carlos Seco Serrano hablando de Eduardo Dato, tres veces jefe del gobierno español (1913-15, 1917 y 1920-21) y responsable del recurso al te-

* Llevo cierto tiempo aprendiendo de la sociedad cimarrona llanera. Prensa, políticos o intelectuales orgánicos del sistema, del pasado siglo, tacharon a su gente de quimérica por intentar conservar una cultura alternativa a la que aquéllos intentaban implantar. Para esta entrega, falacias sobre llaneros en la guerra mal llamada de la independencia, he escogido algunas muestras, mencionadas en la bibliografía final, de diversos ámbitos y autores: Armas, historiador y académico venezolano (en adelante **V**) contemporáneo (en adelante **C**); Bermúdez, ensayista español (en adelante **E**) **C**; Cajigal, mariscal de campo **E**, realista (1754-1823); Coll y Prat, segundo arzobispo de Caracas (1754-1822); Díaz, médico, político y ensayista **V** realista (1772-1834); Lecuna, banquero y editor bolivariano **V** (1870-1954); Gómez-Tabanera, profesor y académico **E** **C**; Martínez, escritor marxista **V** **C**; Miller, soldado inglés al servicio de los patriotas (1795-1864); Parra Pérez, historiador positivista **V** **C**; Restrepo, historiador patriota neogranadino (1781-1863); Romero, creador **V** de literatura infantil **C**; Uslar, escritor e historiador **V** **C** y Valdivieso, abogado masón **V** **C**. Dada la cantidad de pareceres que considero exagerados y discutibles me limito, para no cargar el texto a subrayarlos.

¹ Y dice, páginas antes, de la expulsión de los judíos, 1492, «El establecimiento de la Inquisición trae como consecuencia la supresión del judaísmo en la península. Es de una lógica tal, que lo único que puede sorprendernos es la tardanza en la medida [...]. Porque si la Inquisición había nacido por la necesidad de adoptar medidas fuertes contra la creciente presión que sobre el dogma católico ejercían las doctrinas judaicas, es evidente que su obra sería siempre de resultados parciales mientras subsistiesen al lado de las poblaciones cristianas núcleos de población israelita», Ramón Menéndez Pidal (dir.), *Historia de España*, Madrid, ⁴1990, Espasa-Calpe, XVII, 2, 241 y 640.

rorismo de estado para liquidar el sindicalismo catalán, dice, «enamorado de su profesión de abogado, partidario decidido de las soluciones de Derecho —de un entendimiento entre los diversos sectores sociales, basado en la Justicia—, la *fatalidad* le convirtió, en el peor momento, en valedor de unos «modos» que debían repugnar, necesariamente, a sus más vivas convicciones».² Nadie acusa a Seco de caer en el mito del buen gobernante. Mencionaré, a continuación, alguna muestra del abuso del diti-rambo en la sacralización de Bolívar. Nadie les acusa de caer en el mito del buen general.³ Según el profesor David A.G. Waddell, en la batalla del Pantano de Vargas «una división compuesta por cien británicos, de un ejército de 2.500 hombres, jugó un papel notable». No le acusan de caer en el mito del buen *voluntario*.⁴ El profesor Pedro Borges Morán, paladín de la tesis de que los misioneros evangelizaban y, a la vez, civilizaban sostiene, pongo por caso, «La cristianización del indio, lejos de aparecer como un simple cambio de religión, se concibió además como un perfeccionamiento de la persona del nativo en el orden puramente material».⁵ Nadie le acusa de caer en el mito del buen fraile.

Los casos de chalaneo, estafa en la reseña de los acontecimientos e inversión de calificativos, son demasiados e inefables. Antagónicamente, a los que describen nativos sin vituperarlos o con añoranza se les achaca caer en el mito del buen salvaje;⁶ mientras a otros historiadores alternativos, así los de la historia popular, les desaso-

² «Hace cincuenta y nueve años: el magnicidio de la Plaza de la Independencia» en *Viñetas históricas*, Madrid, 1983, Espasa-Calpe, 431, cita en 347.

³ Como de costumbre hay la excepción que confirma la regla, el demoledor trabajo de Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, Caracas, 1969, UCV, 308.

⁴ Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia, Caracas, 1983. [Ministerio de Educación], 278, cita en 225. Subrayo la última palabra dado que no me parece correcto llamar así a quienes pelearon a cambio de soldadas.

⁵ *Misión y civilización en América*, Madrid, 1986, Alhambra, 296, cita en 5. Dice más adelante, pongo por caso, «Las ventajas de la vida civilizada consistían en disponer de los suficientes víveres para la subsistencia mediante el cultivo de la tierra con utensilios que desconocían, en librarse de las guerras con tribus vecinas, en gozar de comodidades personales, familiares y sociales de las que no tenían idea y hasta de poder servir a un rey tan grande como el de España» (133). La misma tesis sostiene el profesor Román Piña, *Catalanes y mallorquines en la fundación de California*, Barcelona, 1988, Laia, 148, afirmando que los franciscanos «primero redimen a los indios de su miseria, de su dependencia de las fuerzas ciegas y a menudo adversas de la naturaleza, les enseñan a dominarla y a alcanzar de ella los recursos necesarios para su sustento, su vestido y su vivienda; luego, porque la civilización es también una actitud ante la vida, les enseñan los principios de la solidaridad cristiana» (65).

⁶ Al contrario, y como de costumbre, muchos creadores introducen en sus obras aborígenes con las peculiaridades denostadas por la HO y son tantos los casos que no tengo aquí espacio suficiente para mencionarlos, aunque citaré tres. Véase *Un viejo que leía novelas de amor* de Luis Sepúlveda (Barcelona, 1993, Tusquets). En «El último gran maldito», entrevista de Javier Martínez de Pisón a W. S. Burroughs. Preguntado «¿Todavía sigue creyendo que las drogas o los chamanes pueden ayudar a conseguir un desarrollo de la conciencia?» respondió: «Bueno, creo sin duda que algunos chamanes tienen verdaderamente gran poder, especialmente los indios americanos» (*Babelia de El País*, Madrid, 24/12/94). Carlos Castaneda aprendió de Juan Maltus, indio yaquí, una forma de percibir el mundo que le permitió una apertura a nuevas sensibilidades.

siega la posibilidad de incurrir en parcialidad.⁷

Es sabido que gente del Llano, sur y este de las actuales Venezuela y Colombia, jugaron destacado y decisivo papel en la mal llamada guerra de la Independencia y es emblemático el trato que han recibido de la HO. Las falacias sobre ellos son comparables a las de conquistadores —religiosos en especial— sobre naciones aborígenes autosuficientes o a las de los liberales acerca de rurales que rechazaron el proyecto burgués. El discurso de la HO, espurio e incoherente, desenfoca, encubre y enturbia a los oponentes hasta dejarlos irreconocibles, llamándoles *salvajes, feudales* o *carlistas*, pero puede lograr el esperpento si los reseñados primero son calificados de enemigos para pasar a ser, de inmediato, no sólo aliados, sino incluso artífices de la victoria. No pretendo, por supuesto, esclarecer lo sucedido, tarea me malicio imposible, sino evidenciar el fraude de la HO mostrando algunos de sus exabruptos, extravíos o desatinos.

La futura Venezuela, colonia atípica, carecía de metales llamados preciosos pero devino vasta plantación, con miles de esclavos africanos sojuzgados mediante una dantesca violencia. La oligarquía caraqueña pensó resolver la crisis del cacao, a fines del período colonial, recurriendo a la despensa llanera, al ganado que en cantidad allí había proliferado, y venderlo en las Antillas. También quería acabar con un mal ejemplo, el de la sociedad cimarrona consolidada en las sabanas; para ello perpetró unas nuevas y más represoras Ordenanzas del Llano (1794), que no sólo tachaban de *cuatrero* al que cazase cuadrúpedos sin ser *propietario*, además facultaban al juez a aplicar pena de muerte sumaria si lo tenía por reincidente. Violencia que obligó a los llaneros a defenderse atacando y supuso una guerra jamás declarada, con una lamentable espiral de crueldades. El enfrentamiento de notables provinciales con potentados de la capital, 1812, primera etapa de la secesión, fue aprovechado por los esclavos que se rebelaron y huyeron al sur.⁸ Bolívar, a poco de llegar a Caracas, en

⁷ Es esclarecedor un breve artículo de Gerald Strauss, "El dilema de la historia popular" (*Taller d'Història*, València, 4 [2º semestre 1994], 81-90), en el que exterioriza su desazón preguntándose si no será partidista, idealizador, sentimental frente al objeto de su análisis o incoherente al simpatizar con la cultura de los explotados del pasado y menospreciar la de masas contemporánea.

⁸ Evasión que obsesionó a la oligarquía, no sólo perdían una vital mano de obra por la que habían pagado grandes sumas, además crecía la población cimarrona con gentes dispuestas a resarcirse de las atrocidades y el sadismo padecidos durante dos siglos. Así en cabildo ordinario, 2/10/1812, entre las instrucciones del ayuntamiento a los diputados que salían para Cádiz, la 7ª rezaba, «Para contener el latrocinio y prevenir el aniquilamiento de los Llanos o pasteaderos del ganado bacuno y mular de ésta y provincias anexas, en los cuales consiste una grande parte de sus riquezas e indisputablemente su subsistencia, se hace necesario pidan con instancia a su majestad la creación de un tribunal ejecutivo encargado exclusivamente de este ramo o bien sea el restablecimiento del juzgado de Llanos, teniendo presente las ordenanzas que en años pasados se formaron en esta ciudad por la junta de ellos [las de 1794] y quantas advertencias puedan y deban hacer a virtud de su conocimiento práctico de esa clase de ladrones y estado actual (después de los estragos de la guerra) de este interesantísimo negociado». Una semana más tarde, 8/10/1812, en cabildo extraordinario, el síndico procurador general, expuso los perjuicios por los hatos secuestrados que traían la ruina pecuaria y añadía «si antes eran abundantes los ladrones, en el día es de creerse sin género de duda su aumento por los vagos que se refugian en ellos, de que es de esperarse un total exterminio» y un mes más tarde,

la segunda fase de la secesión, decidió ir al Llano y recapturar a los fugitivos sin los que no funcionaba la economía de plantación. Los cimarrones ya no enfrentaban ahora fuerzas policiales sino una hueste, por lo que perfeccionaron su táctica y eligieron como capitán a la persona que vieron más idónea, Boves (asturiano también huidizo de la «justicia»). Invencibles a caballo, derrotaron de forma estrepitosa a los «patriotas», por lo que la HO los llama «realistas», olvidando que Madrid debió enviar un ejército para neutralizarlos. Defendiéndose de éste, se aliaron accesoriamente con Bolívar, pues ya tenían un enemigo común.⁹

El burdo folletín de la HO es incluso denunciado por sus oficiantes: Uslar reprobaba una historiografía que «hace aparecer a Boves como una casualidad, como un hombre de prestigio que en un momento dado arrastra una avalancha de foragidos, entra a sangre y fuego en la República, acaba con ella pero a su vez es muerto en una batalla, luego, aquellos foragidos, acostumbrados al asesinato, como son los llaneros, se ponen a las órdenes del primer caudillo que se les presenta y entonces enfocan a Páez y por esta serie de sucesos sacan en consecuencia el caudillismo criollo» (1950, 5).¹⁰

1. Los protagonistas

En tragicomedia tan rocambolesca el primer embrollo afecta a los actores y no hay acuerdo sobre quiénes eran las gentes de Boves, su carácter o su adscripción. Siendo el discurso de la HO simplista, esquemático y maniqueo, las más de las veces les tilda de realistas, bandidos,¹¹ clases bajas u otras lindezas similares. Así, pa-

7/11/1812, en otro cabildo extraordinario se dio «cuenta del expediente formado con motivo al restablecimiento de las cuadrillas que zelaban la fuga de los esclavos y robos de los frutos»; *Cfr. Actas del cabildo, 1812-1814*, Caracas, 1972, Concejo Municipal, 3 vols., III, 176-196, 204-206 229-231.

⁹ Y el Llano no habría proporcionado sólo caballería, Restrepo cita de O'Leary, «al final, las inmensas vacadas y yeguas que pacían en las extensas llanuras que riegan el Orinoco y sus afluentes, fueron la base indispensable para conseguir la independencia de Venezuela. Sin ellos, los patriotas, pobres, miserables y sin puertos, habrían perecido de hambre, de enfermedades y de toda clase de penas, ocultos en sus guardias de los bosques solitarios» (III, 402).

¹⁰ Páginas después Uslar censura a quienes han presentado a Boves como sádico anormal. «Estos historiadores, al desacreditar a Boves, no han comprendido que indirectamente han desacreditado al venezolano, al pueblo, al valeroso llanero, pintándolo sediento de sangre, como inmensa manada de lobos hambrientos de carroña, de sangre de jovencitas y ancianos indefensos». Uslar cita pareceres de J.V. González, Blanco Fombona o Vicente Lecuna y, por otra parte, denuncia una «leyenda realista ridícula [Boves agradecido con los que le ayudaron], forjada en el período de la reacción antibolivariana, por afán de adornar con supuestas virtudes la memoria del feroz caudillo que venció a Bolívar en 1814» (1950, 7).

¹¹ El exabrupto se agazapa doquier. Romero, en libro para niños, cuenta la huida de Páez al Llano, «Allí nadie sabrá de él, como no saben nada tampoco de los ladrones, bandidos, asesinos, que a los Llanos van a parar como refugio seguro». Allí quiere trabajar, «para no convertirse en un vago más en medio del bandidaje que infestaba aquellas tierras sin ley [...]. Boves y su gente acaudillan, por desgracia, a nuestros propios llaneros, que no habían sido

ra Restrepo, sin mayor precisión, «las desgracias repetidas de los patriotas se debieron no tanto a los horrores y excesos que sin duda cometieron en medio del incendio producido por la exaltación de las pasiones revolucionarias, sino al levantamiento casi general de las castas contra los criollos blancos» (III, 203).¹² Similar era la opinión de otro coetáneo de los hechos; a la denuncia de Morillo, jefe del ejército expedicionario español, que le acusó de tener «mucho partido con los zambos o gentes de color [... que] iba ya tomando el partido que los del Guárico [Haití]», respondió el arzobispo Coll y Prat, «Casi estoy por afirmar que Morillo tomó estas últimas palabras de mi boca, cuando en los días de nuestras conferencias le impuse del vuelo que las castas llevaban a pretexto de defender la buena causa, de lo que me había costado contenerlas [...] de cómo había contrabalanceado sus conatos durante la revolución». Y añadía, «a cuantos empleados en todos ramos se envían para América, V.M. no se olvidará darles las instrucciones necesarias, para que por los medios previsivos que dictan la razón, la equidad, la justicia y la religión mantengan a las esclavitudes y demás gentes de color en el orden, subordinación y dependencia doméstica, pública y política» (352).¹³ Menciona, veladamente, cantidad de esclavos fugitivos y el pánico que produjo esta situación a realistas y patriotas.

En este guirigay hay de todo, como en botica, y no podía faltar un marxista de jaculatoria; según Martínez, los de la Junta de 1810 querían «mantener intacto el régimen esclavista. Tales planes políticos tuvieron como opositores a las grandes masas esclavas *dirigidas* por los heroicos llaneros y los elementos pobres y explotados de las ciudades, resueltos a destruir la estructura económica y social esclavista, premisa esencial para librar con éxito la guerra contra el dominio colonial español». Insiste en el rol de los africanos, «Los triunfos de la revolución de Boves hacían cada día más comprensible su contenido de clase y sus consecuencias, al igual para los jefes separatistas de la segunda República como para los representantes del Imperio, y, más aún, les llevaba a la conclusión de que era necesario —con la ayuda o protección británica—, unificar fuerzas para hacer frente a los esclavos de Boves, abandonando

encauzados verdaderamente en el sentimiento patriótico, y por lo tanto, no tenían conciencia de *patria*» (21-22 y 37).

¹² Restrepo decía en el volumen anterior que el Llano estaba poblado de gentes «de diferentes razas, a medio civilizar, compuestas de indios, negros, zambos, mulatos y mestizos [...] despreciaban la muerte y la daban a sangre fría por el más ligero motivo. Al mismo tiempo eran fanáticos que escrupulizaban faltar a las prácticas religiosas del culto exterior» (II, 236).

¹³ Casi ciento cincuenta años más tarde, Uslar (1962, 99-100) también estimó que la expedición 'pacificadora' de Morillo no fue a Venezuela para acabar con los republicanos, sino para pacificar a los realistas de Boves y cita la opinión de Restrepo, «sus habitantes [de Venezuela] habrían continuado viviendo sobre un volcán pronto a hacer una terrible explosión si el arribo de una expedición de tropas españolas no hubiera asegurado la tranquilidad pública contra el desenfreno militar y las maquinaciones de casta» (III, 295).

temporalmente las luchas separatistas» (71-72 y 85).¹⁴ Luego engarza obligada –y aquí absurda– pieza del panfleto dogmático, «La primera reivindicación de los llaneros continuaba siendo la posesión de la tierra, y Páez se la ofreció y dió, al igual que Boves» (90).

Uslar busca razones de la irrupción de la gente de las sabanas y se pregunta, «¿Por qué precisamente fue al llanero y no a otros a los que [Páez] ofreció su apoyo y su programa? Porque el llanero por condiciones económicas y sociales, por cuestiones geográficas, era más amante de la libertad, vivía en una comunicación más constante entre sí, mientras que el habitante de la montaña tenía un medio de relación de vida más individual y más aislado. Esto no quiere decir, se entiende, que el resto de nuestra población fuese adicta a la esclavitud, nada de eso» (1950, 5).

Valdivieso fantasea y falsea más si cabe, «Si los independientes [...] decretaron una libertad hasta entonces por nadie soñada y una completa igualdad para todos los venezolanos libres, y durante la guerra fueron hasta hacer libres los esclavos y manumisos que con las armas en la mano sostuvieron el ideal *redentor*;¹⁵ los realistas, a su vez, fueron aún más allá, convirtiendo en instrumento de ataque y de venganza a las masas mestizas y de color contra las personas y los bienes de la antigua clase –ahora republicana– dominante por títulos, abolengo o riquezas, y fueron no sólo hasta conferirles la libertad y grados militares, sino también honores» (160-161).¹⁶

El ensayista español Bermúdez elucubró una curiosa, falsa y dispartada teoría, «El indio llanero, el soldado de Boves, descendía de las tribus caribes que defendieron la tierra contra los conquistadores y nada tuvieron que envidiar a los araucanos

¹⁴ Lo que ya señaló Uslar: al acercarse Rosete a Caracas liberaba y armaba a los esclavos y la *Gaceta de Caracas*, (69, 23/03/1814) «pedía espantada que se comunicaran los horrores a las Antillas inglesas, para que estas prestasen ayuda y pudieran detener la espantosa matanza, invocando para ello el peligro que constituía para esas posesiones el ejemplo de los esclavos insubordinados» (1962, 120). Es evidente que la revuelta no era sólo mal ejemplo para Venezuela, sino para todo el Caribe.

¹⁵ Para impugnarle basta copiar el rechazo del cabildo de Caracas, 14/02/1814, al proyecto del gobernador militar de reforzar el ejército con 300 esclavos, diciendo, «Uno de nuestros comandantes del Llano para contrarrestar al mismo bandolero Boves que con esclavos alhagados con el cebo de la libertad había aumentado su pandilla, se resolvió a usar de algunos esclavos convidándolos a que se incorporaran en nuestro ejército baxo la promesa de la libertad. Esta determinación [...] fue absolutamente desaprobada por éste [Bolívar]», *Actas del cabildo, 1812-1814*, Caracas, 1972, Concejo Municipal, 3 vols., II, 301-304.

¹⁶ Páginas después dice Valdivieso, «Hasta Urica, tras el corcei de Boves, y a la zaga de los propulsores de la causa republicana, fue, pues, la reacción de las bajas masas populares en *contubernio* con los españoles y canarios, contra la clase alta, que luchaba por la *libertad e igualdad* que se les rechazaba. Esa reacción de los propios venezolanos mató la República el año de 14 tanto más quizás que el esfuerzo de Boves, Morales, Yáñez y demás caudillos hispanos [...] Causas sociológicas, surgidas del *bajo fondo* de la heterogénea colonia en un momento de alteración social, revolviéron los seculares reclamos e implantaron una secuela de exacciones inauditas, de todo lo cual, por raro fenómeno, fueron directores, en vez de jefes erigidos por la masa venezolana, caudillos de cepa hispana improvisados por el momento psicológico que, como lo anotó Restrepo [II, 188], “desordenaron la ínfima clase de la sociedad contra la que poseía la riqueza del País”» (162-163).

de Chile en cuanto a heroísmo, astucia y fiereza; la resistencia de estos indígenas acabó cuando acabaron los últimos varones de la raza; del exterminio sólo quedaron con vida los niños y las mujeres [...] Los llaneros venían de aquellos niños [...] que se cruzaron con otras tribus y con españoles, *con la raza negra jamás* [...] Muy superiores al famoso gaucho argentino, lo demostraron luego de la independencia, derrotando a los *reyes de la Pampa*» (84).¹⁷

Quienes eligieron a Boves, «realistas» según la HO, son los mismos que, después, escogieron a Páez, ahora llamados «patriotas». Inversión difícil de esclarecer que obliga a sofisticadas explicaciones o recurrir a retruécanos; acaso bastaría prescindir de los calificativos pues quizá los llaneros no fueron españolistas ni secesionistas, sólo adversarios *malgré eux* de los que les acosaban. Para Restrepo, en 1816, los llaneros «desengañados por la experiencia,¹⁸ y convencidos del desprecio con que los miraban los españoles, ya no querían ser ciegos instrumentos para remachar sus mismas cadenas» (III, 257). Y el realista Díaz también menta «un nuevo sedicioso [Páez] a la cabeza de gruesos cuerpos de caballería, compuestos en mucha parte de aquellos feroces y valientes zambos, mulatos y negros que compusieron el ejército de Boves» (324). Uslar juega con el léxico, después de Urica, conseguida «la libertad» se disolvió la rebelión, «Entonces *la patria* se apropió de las banderas insurreccionales y democráticas de Boves para hacer la guerra contra España» (1962, 101), Martínez, por su parte, recurre a la retórica, «*la guerra de clases* que había librado Boves al dar a luz los primeros gérmenes de la nacionalidad, abría el camino a la guerra de liberación del yugo colonial español. [...] El continuador de las luchas de Boves *tenía que* surgir de la única región en la cual las condiciones materiales estaban maduras para, de nuevo, servir de arsenal y suplir las vanguardias que habrían de librar las luchas por la independencia: los llaneros» (88).

Tendría a Madariaga por exponente de la variante hispanófila liberal y, por tan-

¹⁷ Proclama coincidente con una variante del nacionalismo venezolano: Adelina C. Rodríguez Mirabal en su tesis *La formación del latifundio ganadero en los Llanos de Apure: 1750-1800* (Caracas, 1987, ANH, 375) niega similitudes entre llaneros, gauchos o beduinos, afirmando, para mí críticamente, «la afinidad de los hábitos no basta para estrechar una comparación que sólo en el plano teórico puede ser sustentada, pero en la práctica el llanero venezolano emerge como un hombre de la sabana que en mimetismo asombroso amolda sus hábitos de vida, tradición y costumbres a las condiciones de un medio que le ha sido por naturaleza hostil, pero que representa la esencia misma de toda su existencia, el llanero es al llano como la copla al llanero y entre los tres se conforma un rasgo fundamental en virtud del cual hablar del llano es hablar del llanero y de la copla errante» (83).

¹⁸ El mismo substantivo, como factor taumaturgico, sería argüido por el marxista Carlos Irazabal unos cien años más tarde, la «experiencia» demostró al pueblo que la independencia no era «una argolla más de la cadena», ni «una red ofrecida por sus antiguos señores». La proclama de la Guerra a muerte habría conseguido «lo que no fueron capaces de hacer ni la literatura revolucionaria, ni los principios proclamados, ni las promesas formuladas, pues el pueblo inculto habría sido mantenido en el oscurantismo por el clero» y «cuando se dispo la desconfianza el pueblo -heroísmo en harapos- realizó bajo la dirección de sus grandes capitanes, blancos y de color, la magnífica epopeya independiente», *Hacia la democracia*, Pensamiento Vivo C.A., 239, citas 86, 87 y 90. Primera edición, México, 1939.

to, retrógrada; dice en su biografía de Bolívar: «Aunque nacido en España y *alistado bajo sus banderas*, Boves no luchó jamás por España. Boves sólo luchó por Boves. Su conducta fue siempre anárquica, sanguinaria, destructora, de modo que la idea de que su muerte significara pérdida para España es absurda. El día en que murió Boves es posible que la causa de España no ganase nada; es seguro que nada perdió». Hace extensivo el desaire, por supuesto, a quienes le proclamaron y da otra explicación del supuesto cambio de facción, el asturiano habría «dado un espíritu colectivo y de cuerpo a los llaneros, hombres sin vínculo especial para con ninguno de los dos bandos de la guerra civil, fieles al caudillo que surgía de entre su seno, a quien amaban con admiración y lealtad, *fuere cual fuere la bandera que enarbolaba*. Al morir Boves perdieron los llaneros un caudillo nacido en España y que luchaba bajo el pabellón español. Ya entonces se aprestaba a acaudillarlos un nuevo jefe, criollo esta vez y patriota, para dirigirlos con no menor genio militar, pero en defensa de la causa contraria» (cfr. Gómez-Tabanera, 42).¹⁹

2. Masas abúlicas e irresponsables arrastradas por terceros

Los oficiantes de la HO además de prevaricar, sirviendo al poder, lo sacralizan mientras ritualizan a quienes lo controlan. Ello implica menospreciar o ningunear a la inmensa mayoría (niños, mujeres, clases subalternas, marginados o contestatarios), escarnecerlos o culpabilizarlos.

Ya los coetáneos adornaron a las gentes de las sabanas con los epítetos más peyorativos sin olvidarse de enfatizar que dada su supina estupidez necesitaban de quien les acicateara. Por añadidura mentaban hasta el hartazgo la violencia llanera en la guerra, pero, todos, olvidaban reseñar el abuso, la vesanía o la injusticia del modelo esclavista, que también perjudicaba, y más si cabe, a niños, mujeres o ancianos. Para Cajigal el ejército de Boves «se aumentaba considerablemente porque había hecho concebir los puntos de atracción más poderosos: el malo encontraba el camino de saciar su depravación con el permitido robo (bajo la voz de saqueo), asesinatos, fuerzas y toda clase de depredaciones; el bueno no hallaba otra seguridad para la garantía de su persona que la de alistarse en el ejército de Boves, porque todo otro viviente estaba proscrito a las divisiones de nuestro héroe, sin exceptuar clase ni color» (cfr. Armas, 91).

Decía Coll por su parte «Las partidas del bravo Boves [...] formaban ya una tropa que podía ser empleada con utilidad; mas Boves obraba independientemente,

¹⁹ Gómez-Tabanera tampoco se anda con chiquitas: «cuya dinámica [de Boves] patógena o etiopatogenia no ha sido quizá suficientemente estudiada aún, como tampoco los determinantes ambientales que nutrieron el foco alienígena del asturiano, [que] se nos presenta como uno de los más extraordinarios agitadores que conoció el Nuevo Mundo en el siglo XIX, independientemente del hecho de que su presunta *incontinencia* le llevase a inconcebibles extremos de crueldad, represalia y venganza» (21).

y cuidando de *acostumbrarle* más al pillaje y a los horrores que a la subordinación y disciplina militar, emprendía sus correrías sin estar de acuerdo con los comandantes [realistas...] y *de esta incoherencia y separación resultó por necesidad una guerra destructora e inútil*» (279).²⁰ Lo que Díaz repite lacónicamente, «Aquellos hombres feroces le temían [a Boves], le adoraban, y tenía un *poder* mágico sobre ellos» (130-131). Más allá, Coll dice lo contrario, atribuye saqueos y asesinatos en La Pascua a negros y zambos del Llano que *desobedeciendo* las órdenes de sus jefes se dirigieron a Caracas donde «entraron proclamando degüello general contra los Blancos y contra todos los que se encontrasen fuera de mi Palacio [...antes] arrasaron las plantaciones de caña en todos los trapiches de los contornos [...] sin embargo de la prohibición de su comandante, cuyas órdenes *despreciaban* [...]» (299 y ss).

Asombra la coincidencia de tanto memorial realista hablando del que, supuestamente, fue su principal ejército y más notorio comandante. Así, el regente Heredia opinaba de Boves, en sus *Memorias*, «sin poseer ninguna de las cualidades brillantes que deslumbran y alucinan a la multitud, logró sobre los habitantes de los Llanos un predominio que pocos hombres han ejercido sobre sus semejantes, especialmente entre los de color, o castas africanas, que forman la masa principal, presentándoles la esperanza de elevarse por la destrucción de los blancos, que les hacía perseguir con el nombre de insurgentes, o porque los creía tales» (67-88, *cfr.* Armas, 80-81). Miller, mercenario que peleó en el otro lado, fue más vejatorio si cabe, «Boves organizó una fuerza compuesta, en su mayoría, de hombres elegidos entre los desalmados del país, a los cuales condujo con promesas de saqueo y prodigando las mayores recompensas a los perpetradores de las atrocidades más horrosas. El camino que estos malvados llevaron hasta Calabozo, lo marcaron en todas partes con la sangre de ancianos y gente indefensa» (II, 283-284).

Los del Llano y sus representantes han fascinado a bastantes ensayistas contemporáneos precisamente por esta sorprendente unanimidad de tirios y troyanos descalificándolos. Según Uslar, en Boves «no hay que mirar al jefe realista que lucha con-

²⁰ Insistía más adelante, «Boves, señor, era valiente y aguerrido militar: estaba lleno de un noble entusiasmo por la reconquista de aquellas provincias [...] pero es notorio [...] que su lealtad era sangrienta [...] que entabló una igualdad de hecho entre los oficiales blancos que seguían su ejército y la feroz multitud de negros y zambos libres y esclavos que *sacó* de los Llanos, y de que para gratificar a estos cosacos de la América, les dejó entregar a un pillaje escandaloso [...] en una palabra V.M sabe que el ejército de Boves, hizo como el de Bolívar una guerra de exterminio contra los blancos [...] y en los mismos lugares ya reducidos, hacía públicas y ocultas justicias [...] hollando la majestad de las leyes del Reino, sin seguir causas, sin formar procesos, plenos ni sumarios, sin preceder otra cosa que un simple denuncia, en tiempos en que hervían las pasiones y las venganzas [cita matanza de 500 hombres en Valencia y muchos más] y así fue, Señor, como Boves derramando el espanto y el terror, destruía los insurgentes con una mano, y con la otra, *aún sin quererlo*, exterminaba los pueblos [... Boves] oyó mi voz y logré suavizar su saña primera [...] y mis avisos le sirvieron de norte [...] Boves que era un héroe para destruir, no era un hombre para edificar [...] su valiente intrepidez que le llevó a la muerte en Urica, le hizo también creer que sus días serían largos, y *que podría sujetar* a las castas, a quienes hizo aguerridas, y cuya insubordinación *se vio obligado a tolerar*» (304 y ss.).

tra los republicanos y saquea cruelmente, sino al jefe de los *oprimidos* que busca la riqueza que los amos le han usurpado a ese pueblo que *conduce* [...] además de ir contra el enemigo que hay que destruir iban contra la clase que los había dominado y tratado como esclavos, a latigazos y sufrimientos, por espacio de trescientos años». Poco antes fue más allá, imaginó a Boves ofreciendo a los del Llano lo que no apreciaban o ya se habían ganado hacía mucho tiempo, «en un momento dado viene y realiza lo que el libertador ni los criollos se han atrevido a hacer, viene y *promete* al campesinado las tierras que «sus libertadores» les niegan, les *promete* la libertad real para cada uno de aquellos pobres hombres, valerosos y nobles, que se llamaron los llaneros» (1950, 12 y 5).²¹ Pero aseguraba en su otra obra, «Boves sabía *atizar* el odio que los negros y pardos sentían por los blancos [...] y los esclavos de las haciendas y los hatos se escapaban para unirse al ejército de [él]» (1962, 97). Lo que podía superarse usando un registro más dramático, «siete mil caballos que sólo esperan la pernada del jinete para aplastar con sus cascos toda la superficie de aquella sociedad clasista, siete mil zambos, negros y mulatos que *esperan la señal* del contrabandista para ir a degollar, a quemar, a violar, a destruir todo lo destruible, y en medio de este charco de sangre echar *inconscientemente* las bases de una sociedad igualitaria. Tal era lo que había logrado Atila en poco menos de dos meses después de haber sido derrotado» (1962, 128-129).

Uslar muda de parecer pero Valdivieso perfeccionó el desdén, «Con Boves sucedió que, por su largo vivir en las llanuras, connaturalizado con la vida y costumbres de los llaneros, lo que le suministró el conocimiento de su psicología y hábitos, y por su natural poder de sugestión, ejerció un ascendiente que le sirvió para sumarlos a su devoción y *conducirlos* a todas partes a pelear a su lado por una causa –en su ignorancia– para ellos desconocida, pero *infiltrándoles* un gran odio a la clase blanca criolla, dando a los negros esclavos su libertad y *estimulando* a todos con el *incentivo* del botín. Muerto Boves, los llaneros ya sin jefe, se disgregaron, y oficiales y soldados entraron a formar nuevos cuerpos, los más republicanos, lo que es demostración de no haber existido jamás en Venezuela un mortal odio de castas, como escribiese M. de Pons. Sólo, sí, perduró en los llaneros su *propensión a matar y a pillar*. Un historiador [O’Leary, I, 187 y 190], al referirse a las tropas de Boves, dijo que éste era seguido por huestes desenfundadas, enjambre de ladrones y asesinos» (46-47).²² Y hacia el final de su obra introducía una jerga entonces de moda, «Muer-

²¹ La cuestión le obstinaría pues la repetía de inmediato, «Muerto Boves los llaneros quedaron sin jefe. Los españoles no supieron ganárselos [...] el resto del oficialado español era conservador que sólo proponía al pueblo la lucha por la utópica figura del Rey de España. [...] Aparece Páez y *les hace* a aquellos aguerridos hombres *una proposición* semejante a la de Boves, esto es, la repartición de tierras. Los llaneros, gracias a su pujanza y a su sangre, encendidos por la promesa, realizan la tarea de derrotar al español. Después serán traicionados por Páez, los Monagas o el mantuanaje, que no les dieron la tierra prometida» (1950, 13-14).

²² No sabría qué texto, si el citado o el que copio ahora de Valdivieso menosprecia más a los llaneros: «de quienes observa el general Páez que si para esos años siguieron a Boves y Yáñez, no lo hicieron porque fuera inna-

to Boves, los *realistas* perdieron con él al recio caudillo *mimado por la victoria* y al que las masas populares venezolanas siguieron con devoción y por sistemática aberración contra las teorías separatistas, odio infundado a la clase dirigente de este movimiento que contemplaban con ojeriza, por conceptuar a la clase alta criolla, noble o burguesa, distinguida y rica, que *se sacrificaba por* la implantación del régimen republicano, como una amenaza de aspiración de un nuevo régimen más absorbente que el del mismo rey de España» (159-160).

Tampoco canta mal las rancheras el Coronel Pérez Terreiro sosteniendo que los llaneros, «no *entendían* mucho ni poco de leyes. Tenían en algo el respeto a la experiencia que se supone en los ancianos y en mucho las cualidades viriles. [...] Ignorantes, servían a las órdenes de quien consideraran más representativo de dichas cualidades [valor, destreza física ...] y de quien con medidas de halago y de rápida justicia, los atrajera por una parte y por la otra, contuviera según las conveniencias, sus naturalezas anárquicas con el procedimiento *más al alcance de su comprensión: la muerte*. [...] Inútil es afirmar que el llanero poco sabía de la transformación política planteada y dirigida por la aristocracia mantuana. [...] Boves *se apoderó* de la voluntad de aquellos hombres y pronto se les sumaría un aporte de extraordinario valor: grupos de pardos y esclavos llamados por el odio de castas. Unos en busca de la libertad que no encontraban en las filas republicanas, donde militaban sus dueños y otros en busca de surgir cual clase dominante llegando al exterminio de los oligarcas blancos» (24-25).²³

Mayor es el desaire de Armas, «A Boves le fue fácil organizar ejércitos porque la opinión mayoritaria de los pueblos no *entendía* qué era la República [... que] en esos años de lucha terrible, sólo fue una idea en la mente de Bolívar y de algunos de sus más cercanos compañeros» (15).

3. Sobre héroes y canallas

El escarnio contra quienes defendían territorio, libertad y cultura frente a oligarcas o militares españoles contrasta con el abuso del ditirambo al referirse a éstos o al

to en ellos el espíritu del vandalaje y la maldad, sino porque al principio de la guerra encontraron que nadie más a propósito podía reunirlos y conducirlos a los combates que esos dos jefes, olvidados de toda idea de lo bueno y de lo malo y reñidos con la disciplina, reuniendo en sí las dos condiciones para conducir a ese pueblo nómada y guerrero: el valor personal y la astucia, sin lo cual no hay respeto hacia el jefe, y la dureza que autoriza al desenfreno; pueblo ése nómada y habituado al vandalaje, que por leyes sociológicas se tornó en disciplinado y parco por razones del buen ejemplo, cuando desaparecidos Boves y Yáñez *tuvieron que afiliarse* a los patriotas a servir a las órdenes de Páez, caudillo que eclipsó con sus acciones legendarias el brillo de aquéllos» (74).

²³ Pérez, criticando el parecer de González, de que Boves habría sido el primer demócrata en Venezuela, sostiene: «Si ejército democrático es la reunión de una masa a la cual se le halagan los instintos prevalentes de su ignorancia como pillaje, violación, voluntad de sangre, no hay duda sobre la democraticidad del ejército reunido por Boves [...] Boves, por sistema, y fijémonos bien, por gusto personal dejó que se hicieran dichos procedimientos corrientes en sus tropas» (117).

resto de los notables, pero también llama la atención que, de forma reiterada, los calificativos sean intercambiables.

Díaz, el panfletario realista, dice respecto de la muerte de Boves, «en los campos de Urica pereció el hombre más valiente del mundo entero, el más desinteresado de todos los hombres, el que en todas sus acciones no tuvo más objeto que el servicio de S.M. y el castigo de sus enemigos, el terror de Bolívar y de toda la sedición y uno de los europeos más dignos por estos caracteres de este nombre inapreciable» (311). Y añadía en nota a pie de página, «Su guerra y los medios de ejecutarla fueron en verdad terribles; pero él lo creyó necesario para castigar y contener la ferocidad de aquellos tigres sedientos de sangre española».

La **HO** patriota, más copiosa por ser la estatal en Venezuela desde 1821, es antagónica y sentencia y sataniza, indistintamente, a Boves o a sus tropas, abusando de un lenguaje pomposo y rimbombante. Restrepo dice del asedio realista a Valencia, 1814, «los templos violados y hechos establos para la caballería, las vestiduras y vasos sagrados destruidos y robados [...] no parecía que hubiera sido puesto por soldados de una nación cristiana y civilizada que hacía la guerra a sus hermanos, sino por cuadrillas feroces de bárbaros». Añade que Boves, llegado a Caracas, ordenó ajusticiar «a todos aquellos que hubieran tenido parte en la muerte de los españoles prisioneros, ejecutados en el mes de febrero último, *orden tan bárbara y sanguinaria*, produjo los actos más arbitrarios, pues personas *oscuras e ignorantes* quedaron autorizadas para escoger sus víctimas, bajo el pretexto de que hubieran tenido parte en dichas ejecuciones» (III, 164 y 185).²⁴

Dice Parra, evocando sacerdotes realistas, pieza insólita en la **HO** patriota, «Los llaneros, nuestros cosacos, se levantaban a las órdenes de jefes indomables, de Boves sobre todo, para combatir la república, régimen de *nobles* habitantes de la ciudad, cuyos bienes se ofrecían como fácil presa a la *rapacidad* del pueblo *bajo*. Aquí y allá curas guerreros y fanáticos arrastraban sus ovejas a la guerra en nombre de Dios y la monarquía. En suma habrían los republicanos de vencer a la vez a España y a las masas populares que suministrarían en lo adelante a la causa realista la gran mayoría de sus defensores» (198).

Parra, recordemos que trabajó para Gómez —el desalmado dictador venezolano—, escribía al militar español Casariego, de la escuela historiográfica españolista, «José Tomás Boves fue un malhechor que abandonó el campo independiente y se cubrió con la bandera real para cometer inauditas crueldades [...] dotado, en efecto, de cualidades militares excepcionales, recorrió Venezuela peleando y destruyendo a la cabeza de *bandas* que nunca tuvieron que ver con las tropas regulares. [...] las proclamas que dirigió a las milicias *bárbaras* que le seguían en sus devastadoras algaras, la seducción como magnética que se dice ejerció sobre las *turbas*, su prédica dema-

²⁴ Desmanes, me temo, tan arbitrarios como los debidos a la guerra a muerte. Los soldados de Boves eran, según Restrepo: «huestes numerosas y valientes, aunque indisciplinadas», «asesinos que Boves capitaneaba» o «indisciplinados llaneros a caballo» (III, 135, 136, 144).

gógica por la lucha de castas y de clases, inspiraron a Juan Vicente González una definición que le dejará a usted boquiabierto: Boves fue el primer jefe de la democracia venezolana. La *eficaz* lanzada de Urica evitó ciertamente que aquel *facineroso*, de la *calaña* de Lope de Aguirre, proclamara independiente una Venezuela de la cual todo elemento español, moral o intelectual, hubiese desaparecido». Y añadía, Boves no es «héroe en la acepción noble y única de la palabra. No es un paladín desconocido, sino un bandolero conocido, un aventurero sin Dios y sin Ley que, después de usurpar la autoridad de los funcionarios reales, anegó en sangre a Venezuela, destruyó cuanto pudo y realizó en forma espantosa la guerra social. [...] Basta aquí afirmar que los malhechos de éste sólo pueden compararse a los perpetrados recientemente en España por las hordas rojas. [...] Con la declaración [de guerra a muerte] trató tal vez Bolívar de equilibrar, por decirlo así, las condiciones de la guerra porque estimara imposible permitir que las bandas enemigas continuasen exterminando la *mejor parte* de la nación venezolana» (215-6 y 217-32).²⁵

Aristides Rojas, otro maestro en el abuso del impropio, dice del viaje de Rosete a Ocumare, «suponeos una turba desenfrenada de hombres desalmados, sin religión, sin familia, sin patria; devorada por los instintos del pillaje, del asesinato, de la lujuria, de la venganza, de la rapiña; armados del puñal y de la tea, al mando de un jefe que les concede amplia licencia para satisfacer todos los *apetitos* imaginables. Suponeos esta turba famélica en posesión de un pueblo indefenso, rendido, que clama piedad y eleva sus preces al Dios de la misericordia al verse entregado a saco y a la muerte».²⁶

Uslar, recordémoslo, crítico con la **HO**, puede argüir, como según Coll ocurrió en La Pascua, que el pillaje en Valencia lo iniciaron no las tropas de Boves, sino negros y zambos de la misma ciudad, o sostener un curioso parecer que me malicio es mucho más peyorativo que los anteriores, «En realidad, Boves tuvo un cierto cambio en Caracas; pero nada más que un cierto cambio. Muy posiblemente, en su psicología de hombre habituado a las pequeñas poblaciones de la llanura y la soledad del mar, ha debido influenciar en algo la capital, los realistas prominentes, el temor a quedar mal. No comete ningún desacierto en el poco tiempo que está en la ciudad. [...] Boves es un buen administrador y, en cierta manera, un mejor gobernante, organiza la ciudad. Hace venir provisiones lo más pronto posible. Recluta por las calles a los limosneros y a los vagos para enviarlos a trabajar a las haciendas, pues tiene que llenar con algo la mano de obra que falta al haber dado la libertad a los esclavos» (1962, 154 y 163).

Pero la **HO** patriota además de satanizar a Boves, el antihéroe, y a los que le eligieron, sacraliza –invirtiendo los adjetivos– a Bolívar. Y era de temer que la mitolo-

⁵⁴ Carta fechada en Caracas, el 28/12/1940.

⁵⁵ *Leyendas históricas de Venezuela*, Caracas, 1890, 304, Cfr: Uslar, 1962, 118.

gía patria y culto a los héroes incluiría varios cotejos de las dos figuras. Para Valdívieso, abusando de la loa, «[Bolívar] con ser un gran guerrero, fue, no obstante, un gran lírico, cultor de la literatura, de la poesía, de la oratoria, un amante de la belleza y del buen gusto: y un destacado elemento social, noble por su abolengo, dotado por la naturaleza y por exquisita educación de tan relevantes cualidades, ¿qué es de extrañar que tan grande fuera, como lo fue, bondadoso y magnánimo, a la vez que implacable cuando lo demandaban las circunstancias en la guerra y particularmente desprendido, dadivoso, clemente y piadoso con sus semejantes y generoso hasta perdonar los agravios individuales y colectivos consumados contra su persona? Boves, ni por abolengo, ni por educación, ni por el medio en que se debatiera durante su azarosa vida, pudo ser igual al Libertador». La desmesura aún puede sublimarse, «Ha sido Bolívar quien ha tenido y soportado *todo el peso* de la guerra, volando urgido por las circunstancias, de extremo a extremo del país, poniendo sitios, dando asaltos, organizando ejércitos, ganando batallas, lanzando proclamas, pronunciando discursos, con una dinámica que le distingue como un hombre de hierro» (32-33 y 84).²⁷ Y hace volar el botafumeiro, mentando «la imposibilidad de establecer que fueran igualmente acertados en sus actos militares y políticos Boves y Bolívar, por no ser posible en ambos la existencia de valores equivalentes. Bolívar era un caudillo de noble ascendencia vasca con señorío en España, en cuyos antecesores varones notables habían dado lustre a su apellido y glorias a su patria; que desde su infancia tuvo excelentes maestros y mentores, adquiriendo una gran cultura en Europa, en donde se rozó con la corte española y con la grandeza de España; sobre ser un hombre genial: político excelente, militar experto, internacionalista, orador, literato admirable, sociólogo y psicólogo, que como ninguno estudió el ambiente en que se debatía su obra redentora, así como su trascendencia social, presente y futura [...] cristalizando él todo el proceso de varios siglos de congresión de las selectas cualidades del espíritu e imaginación de su casta; mientras que Boves descendía de una obscura familia asturiana, inculto grumete, formado desde niño en un ambiente insano de transgresiones de toda suerte, ocupado en toda su juventud de oficios rudos en un medio de labor constante, todo lo cual hizo inclinar su ánimo hacia extraviadas sendas de dureza de corazón» (133-134). Pasajes que de haber utilizado la cursiva habrían aparecido totalmente subrayados.

Bermúdez, espécimen de la historiografía españolista loadora de Boves, lo llama realista excediéndose como sus contrarios, y Armas critica a Manuel Fernández Avello²⁸ por decir «solamente Boves es depositario de la grandeza y la dignidad comparables a la del Libertador», y enfatiza «Comparar a quien sólo organizó hor-

²⁷ Nuestro autor no es una excepción en lo que Carrera Damas, ya lo he dicho, denuncia como «culto al libertador», de su estrepitosa derrota por los llaneros en La Puerta afirma, «Pérdida tal no fue debida, pues, a Bolívar, cuyo genio guerrero, asombrosa actividad y don de atenderle a todo, mantuvo a raya a los realistas doquiera [...]. Así esa batalla [...] no fue sino el efecto de la fatalidad» (120).

²⁸ *Boves mariscal asturiano para la historia*, Oviedo, 1974, 134.

das para asesinar pueblos y siempre al servicio de un régimen tiránico, con quien crea patrias y deja ideas que hoy son normas de política internacional, es apreciación que exige algo que no tiene respuesta dentro de la sana crítica histórica» (17).

4. Sobre la vesanía, el españolismo y el racismo

La guerra de la independencia implicó todo tipo de atrocidades, como ocurre en cualquier contienda, y basta memorar las apocalípticas de nuestro fin de milenio. Alguna causa explica aquélla –diría que gira alrededor de la dantesca sevicia colonial– pero incluso hay quien llega a justificarla, para el marxista Martínez, «Fue en Venezuela donde esa guerra tomó formas más definidas y de más alto grado de violencia revolucionaria –la violencia es la forma suprema del movimiento de las masas» (68).

El realista Heredia, tras recordar que algo parejo ocurrió en la independencia norteamericana, añade de Boves, «Era cruel por instinto y a sangre fría; aunque en su modo de tratar a los insurgentes no hizo más que seguir francamente y con descaro los principios del nuevo derecho de gentes, que otros habían enseñado y procurado sostener en aquel desgraciado país» (*Memorias*, 67-88, *cfr.* Armas, 80-81).²⁹ También Coll, coteja el proceder de ambos bandos, si Boves «concitó las esclavitudes y castas de Río Chico y pueblos de la comarca. Arismendi salió a *a apagar este fuego* y lo hizo con tanta sangre, que no pueden oírse sin espanto sus atrocidades. No hay lugar de aquellos valles de Barlovento donde no se nombre con horror aquel facineroso. Cazaba a los infelices esclavos en los montes como fieras» (281); lo mismo dice Bermúdez, «Las atrocidades cometidas por estos soldados españolistas sólo pueden compararse con las que perpetraban los insurgentes» (89-90).

Mencioné la historiografía hispanista, su huella puede rastrearse, y también la del racismo, el consecuente corolario implantado en América desde 1492, incluso entre los oficiantes de la escuela antagónica. Así para Uslar, «los pardos, aún dentro del campo republicano cometían los más grandes excesos, asesinaban en la oscuridad a los que eran patriotas, sabotaban las órdenes, destruían los pertrechos. Muchos robaban lo que podían encontrar, y luego se marchaban al lado de Boves, a engrosar las *anárquicas* filas del movimiento *popular*» (1962, 129). A Valdivieso le sale más de una vez la vena hispanista, en la batalla de San Mateo, «inicianse los actos de valor, de emulación, de porfía, de zaña [sic], anheloso cada quien de aplastar a su contrario, en un feroz forcejo de bélicos ardores de descendientes de una misma madre: España, y quienes por llevar los más en sus venas una misma sangre

²⁹ Pero el mismo Heredia (203-204) mencionaba matanzas perpetradas por Boves y añadía «Acaso la posteridad dudará de estos hechos, que parecen imposibles entre gentes civilizadas y cristianas y a la sombra de las banderas españolas, como lo dudé yo hasta que los oí a testigos presenciales y caracterizados» (*cfr.* Armas, 28).

succionada en una común fuente de vida, aportan al combate iguales bríos, denue- dos y bizzarria» (95-96).

Discurso que puede alcanzar el cénit cuando se endilga desde la ex metrópoli. Bermúdez compara Boves con Cabrera, «Boves no se rectificó: vivió en español y en español supo morir» y reprueba al separatismo criollo pues las Indias habrían sido una maravilla hasta que «El funesto siglo XVIII, con la desespañolización de España, entronizada por la dinastía de los Borbones, inicia la decadencia. Todo venía sien- do antiespañol desde el testamento del imbécil Carlos II: todo era una guerra contra las tradiciones españolas» (119 y 198-199).

Y para concluir una muestra emblemática de la HO invalidadora, «En aquella hora [...] proyectó su figura siniestra José Tomás Boves, sanguinario de oficio, crimi- nal por costumbre, reo en la práctica, delincuente por hábito, facineroso en ejercicio, foragido de rutina, defensor de Fernando VII, negador de la España de siempre» (Ar- mas, 31).

Bibliografía citada

Armas Chitty, José Antonio de

1976 *Boves a través de sus biógrafos*, Caracas, Editorial América Libre, 127.

Bermúdez de Castro, Luis

1934 *Boves o el León de los Llanos*, Madrid, Espasa-Calpe, 203.

Cajigal, Juan Manuel de

1960 *Memorias del mariscal de Campo don [...] sobre la revolución de Venezuela*, Ca- racas, AGN, 291.

Coll y Prat, Narciso

1960 *Memoriales sobre la independencia de Venezuela*, Caracas, ANH, 405.

Díaz, José Domingo

1961 *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Caracas, [1ª edic. 1829], ANH, 601.

Gómez-Tabanera, José M.

1982 "Circunstancia y leyenda de Tomás Rodríguez Boves", *Boletín del Instituto de Es- tudios Asturianos*, 107 (sep-dic), 5-83.

- Lecuna, Vicente
1970 *Breviario de ideas bolivarianas*, Caracas, Cámara de Comercio, 318.
- Martínez, Ricardo
1963 *A partir de Boves*, Caracas, Cibema, 138.
- Miller, John
1910 *Memorias del general [William] Miller al servicio de la República del Perú*, Madrid, 2 vols.
- Parra Pérez, Caracciolo
1943 *Páginas de historia y de polémica*, Caracas, Tipografía del Comercio, 354.
- Pérez Tenreiro, Tomás Rafael
1969 *José Tomás Boves, primera lanza del Rey*, Caracas, Oficina Técnica del Ministerio de la Defensa, 203.
- Restrepo, José Manuel
1969 *Historia de la revolución de la república de Colombia*, Medellín, [1ª edic. 1827], Bedont, 5 vols.
- Romero Martínez, Vinicio
1973 *Las aventuras de José Antonio Páez. I. El llanero increíble*, Caracas, Edigraph y Ministerio de Relaciones Interiores, 120.
- Uslar Pietri, Juan
1962 *Historia de la rebelión popular de 1814. (Contribución al estudio de la historia de Venezuela)*, Caracas-Madrid, Edime, 225. [Prólogo firmado, París, 1953].
1950 *Boves. (Historia de la guerra de la Independencia en Venezuela)*, Caracas, Cromotip CA, 14.
- Valdivieso Montano, Acisclo
1955 *José Tomás Boves*, Caracas, Ed. González González, 173.